



Itinerario nº 2: Pinares y barranco de Valdearcos.

Longitud total	Altitud mínima	Altitud máxima	Desnivel
11 km	547 m.s.n.m.	817 m.s.n.m.	270 m

Torrellas es un pueblo tranquilo, de calles silenciosas y casas arregladas. Algunas de ellas, respetados por los vecinos, conservan los nidos de avión en sus aleros. Un paseo por sus calles y plazas nos permite observar de cerca las aves urbanas más características, paseo que se puede completar con una visita a los parques del pueblo y al Jardín Aromático.

La Casa Rural Villahermosa, en medio del pueblo, con vistas a la Plaza Porticada de esta localidad será nuestro lugar de descanso y punto de partida para nuestro paseo. Ocupa una Casa Palacio del siglo XVII con cuatro habitaciones dobles con baño que se alquilan por separado.

Un recorrido autoguiado, el del Parque de "Los Lombacos" señalado con paneles indicadores, nos permite recorrer el pequeño término municipal visitando rincones como las Cuevas de La Dula o la Mesa del Gigante Caco, contemplar el valle desde el Mirador de los Embalses o recorrer las huertas de este pueblo a orillas del Queiles.

Sin embargo, nos vamos a dirigir, por la calle de San Juan, rodeando el pueblo, para salir a la carretera nacional 122, en dirección a Soria, junto a la Granja de Santa Bárbara. A unos 150 metros hacia el este, cruzando la carretera, una pista de tierra inicia nuestro recorrido al lado del embalse (1).

En el inicio del camino un grupo de cipreses sirven de refugio y oteadero a pájaros diversos que acuden a beber en este pequeño embalse, mientras en los cables próximos se posan los abejarucos y por su orilla encementada pasean andarríos chicos. Se oyen las currucas capirotadas y los ruseñores comunes entre las zarzas mientras las golondrinas comunes sobrevuelan la lámina de agua.





Vista del pinar de Valdearcos y Las Torres al fondo. (Foto MMF).

El camino principal discurre entre campos de olivos y ribazos de matorral bajo con taludes verticales en los que los abejarucos aprovechan para hacer sus nidos hasta llegar a un doble cruce (2) en el que dejaremos de lado un camino a la derecha y, a los pocos metros, otro a mano izquierda, para seguir de frente por el camino que se dirige a Valdearcos.

Al poco, tras una subida que nos da vista al barranco, el matorral da paso a un pinar de pino carrasco de repoblación que cubre la mayor parte de la vertiente sur de Las Torres. Llamarán nuestra atención los sonidos regañantes de las tarabillas o de los alcaudones, que ocupan el espacio de campos y arbolado abierto antes de adentrarnos en el bosque. Excepcionalmente se pueden escuchar entre los arbustos los sonidos de algún zarcero pálido de paso por la zona.

Avanzamos barranco arriba hasta llegar a una bifurcación del camino en la que cogemos el ramal de la derecha (3), que desciende paulatinamente y cruza en barranco. Unas junqueras nos indican de la presencia de agua y de la importancia de este rincón como bebedero natural. En este punto el camino gira (4), abandonando el barranco principal, para ganar altura y subir por el barranco de Franchillos.

Por encima de las copas de los árboles sobresalen los resaltes rocosos que coronan los cerros. En las cárcavas terrosas buscarán agujeros los mochuelos o los cernícalos para sacar adelante a sus crías.



En un charco formado tras una tormenta o en el barro acumulado en el fondo de una vaguada podemos reconocer las huellas de diferentes aves de la zona que han acudido allí a beber. (Foto MMF).

Así, encontraremos aquí tanto comunidades de aves de pinares mediterráneos como aquellas que prefieran el medio rupícola y hagan sus nidos en las oquedades de la roca.

La pista zigzaguea para superar la pendiente y ganar la diferencia de altitud que nos separa de la cima de las Torres. Y así seguimos durante un par de kilómetros hasta alcanzar, al final de la cuesta, el Plano (5), llano cerealista que dará lugar a otras condiciones, otra avifauna de estepas abiertas.

A nuestra derecha, con un esfuerzo más, alcanzamos la cima del recorrido (6), desde la que la vista nos permite contemplar toda la masa forestal de sus laderas. Bajo nuestros pies, acercando su vuelo a la pared rocosa, los aviones roqueros regresan incesantemente a sus nidos para alimentar a sus pollos.



Desde que sale del nido hasta la muda parcial de verano, el joven jilguero volantón muestra en su rostro un color pardo crema, menos llamativo que el rojo de los adultos, muy similares entre sí en cuanto al color de sus plumas. (Foto FVP).



Desde lo alto de Las Torres, mirando bajo nuestros pies, es posible contemplar el vuelo de los aviones roqueros, que construyen sus nidos en forma de taza aprovechando los resaltes que forman los sustratos de roca en cortados verticales.

Descendemos esta última subida hasta la pista para cruzar, en dirección oeste, entre los campos de cultivo y el límite del pinar, hasta llegar a una nueva pista de descenso por Valdearcos. Este paseo en llano dejando a nuestra derecha los campos de cultivo, nos permite observar y escuchar diversos aláudidos, fringílidos, trigueros y codornices.



Presente en diversos ambientes que tengan arbolado, el búho chico habita en bosques de ribera, carrascales, olivares y pinares de repoblación, pasando muy desapercibido a la vista del observador, y ocupando algún nido viejo de otras aves, especialmente de urracas o de cornejas, en el que pondrá 4 ó 5 huevos blancos en días alternos

¿Cómo empezar?

Las grandes aficiones siempre empiezan cerca, en casa, o en el entorno más próximo. En el caso del interés por la ornitología también. Los primeros paseos de observación se realizan en lugares próximos, donde se observan las especies más comunes: nuestro pueblo o ciudad, con sus casas apiñadas o sus espacios abiertos, sus parques y sus jardines, y, como colofón extraordinario si lo tiene, su río.

Serán compañeros necesarios en estas excursiones, unos prismáticos, una guía de aves para su identificación, un cuaderno de campo para tomar notas y, si es posible, la compañía de un amigo experimentado que nos enseñe al principio. Los prismáticos, preferentemente de 8 ó 10 aumentos y sin zoom, han de ser de una mínima calidad para que no dañen la vista. Un catalejo es interesante para la observación en zonas acuáticas o en el caso de aves coloniales, pero resulta más caro, y pesado en excursiones por el monte. Nuestra guía de pájaros, mejor de dibujos que de fotografías. Actualmente hay muchas guías buenas entre las que poder elegir.

El cuaderno de campo, imprescindible, ha de ser resistente al uso cotidiano, de manera que permita conservar nuestros apuntes durante mucho tiempo, en el que se incluirá la fecha de nuestra salida, anotaciones sobre las especies vistas y dibujos que puedan completar la información.

Tanto si caminamos solos como en compañía, incluso en el casco urbano de un pueblo o en el parque de una ciudad, nuestros gestos y ademanes serán tranquilos, permitiéndonos un mejor acercamiento a los pájaros. Asimismo, la ropa ha de ser de colores poco llamativos y huiremos de llevar complementos brillantes o elementos sonoros que puedan asustar a las aves que vamos a observar.

El ornitólogo experimentado, especialmente cuando realiza estudios de campo, camina a una velocidad constante que le permite ver y escuchar todas las aves y calcular sus abundancias en una zona. Caminaremos, por lo tanto, a no más de dos kilómetros por hora, deteniéndonos las veces necesarias para observar mejor o consultar la guía.

Es un rasgo característico del observador de aves contar su número. Si anotamos este dato en nuestros recorridos, sabremos cuáles son las especies más comunes de un paraje y, a lo largo del tiempo, podremos detectar cambios en su composición.

Los científicos utilizan numerosos índices para caracterizar una comunidad de aves según la densidad o abundancia de cada especie. Uno muy sencillo, y que hemos utilizado en esta obra para caracterizar algunos paseos, es el establecido por Purroy en 1975, que asigna una categoría a cada ave en función del tanto por ciento que representa en la comunidad. Así, es "dominante" una especie que suma más del 5% del total de pájaros vistos, "influyente" aquella que suma del 2% al 5% de los contactos y "recesiva" si los ejemplares vistos suponen menos del 2%.

Al llegar a la pista principal (7), giramos a la izquierda, para descender, aprovechando la sombra de los pinos, en dirección a nuestro punto de partida. Al cabo de un trecho, a nuestra derecha se incorpora el barranco de Justicia (8). Si disponemos de tiempo podemos completar nuestro recorrido ascendiendo un kilómetro por este barranco hasta llegar, ya en el límite del pinar, hasta una balsa de agua que concentrará diferentes especies de aves que salen del bosque para beber.

La pista de descenso nos hace pasar junto a la Fuente del Sastre. Tal vez veamos, volando o posada, al águila culebrera, rapaz característica de este ambiente forestal mediterráneo. Paulatinamente descendemos la pista hasta el final del pinar, junto a la bifurcación de pistas que habíamos cruzado anteriormente. A partir de este punto regresamos sobre nuestros pasos hasta nuestro punto de partida en el embalse de Santa Bárbara.

